

# ROL SOCIAL, ECONOMICO Y POLITICO DE LAS AGLOMERACIONES URBANAS EN CHILE

Prof. Astolfo Tapia Moore \*

En el folleto titulado "Sociología del Urbanismo", que fue publicado por la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, en 1957, señalamos, en líneas generales, el fenómeno del marcado contraste que se ha podido observar en América Latina entre la ciudad y el campo. Dijimos que se podía afirmar, sin temor a ser rebatidos seriamente, que las condiciones de vida de las ciudades de nuestro continente —en especial de las más grandes— eran considerablemente menos malas que las de los campos de nuestros países; indicamos también, el hecho de que la circunstancia a que nos acabamos de referir, había producido un creciente abandono del agro, determinado por las diferentes ventajas que ofrece la urbe, como ser: sueldos y jornales más altos, viviendas mejores, auxilios sanitarios y asistencia social más eficiente, posibilidades educativas más amplias, mayor número y variedad de entretenimientos, etc. Agregamos al respecto que, en realidad, la vida campesina latinoamericana, en su mayor parte, todavía se desenvolvía en las tristes condiciones del feudalismo y que era muy humano y explicable que se tratara de huir de ella.

Pues bien, en nuestro trabajo: "Diferentes Condiciones de Vida en la Ciudad y en el Campo", que fue leído personalmente en la primera reunión del Comité de Sociología Urbano-Rural de la Asociación Internacional de Sociología, que se realizó en Estambul, en 1958, ahondamos sobre el tema a que nos hemos referido y analizamos, primero la situación general de América Latina al respecto y, después, la realidad de nuestro país, en especial.

Concluimos, entonces, que el desequilibrio social que se presentaba entre las regiones del agro y de la urbe en nuestros pueblos producía grandes injusticias colectivas que era imprescindible superar.

Hemos hecho mención a estos antecedentes, porque estimamos que el informe que ahora se nos ha pedido por el Instituto Internacional de Civilizaciones Diferentes tiene bastante relación con las materias que hemos abordado en otras ocasiones, incluso con nuestro libro: "Legislación urbanística de Chile" que fue editado, en 1961, también por la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Estado. Naturalmente que en el presente trabajo nos ceñiremos al sumario que se nos ha propuesto y actualizaremos los datos que sean necesarios para ilustrar nuestras observaciones.

## En el plano social

Antes de analizar en particular este aspecto de nuestra información, tenemos que advertir que, a pesar de los muchos fenómenos y problemas que se presentan con gran similitud en los distintos pueblos de América Latina, con frecuencia se ha cometido el error —aún en trabajos sociológicos— de generalizar demasiado y de no anotar las apreciables diferencias que existen en diversos campos de la vida social de esos mismos pueblos. Sin embargo, en el plano social a que hora específicamente debemos referirnos, ha habido y hay, todavía, innegables semejanzas en las naciones de nuestro continente incluso, por lo tanto, Chile, con relación a los grandes desnive-

---

(\*) Universidad de Chile, Presidente Sociedad Chilena de Sociología.

les que han existido entre el medio urbano y el medio rural.

Consideramos oportuno hacer notar, en relación con el fenómeno recién indicado, que en la mayoría de los países de nuestro continente la población del primer medio ha superado, hace años, a la del segundo. En nuestra República, ya en 1952, aquélla llegaba al 60,2 por ciento de la población total, en circunstancias que, en 1920, alcanzaba sólo al 46,4 por ciento. También nos parece de interés consignar que, desde hace más de dos lustros, la población de nuestra capital representa la cuarta parte de la nación, lo que, en verdad, es un exceso. En efecto, Chile tiene hoy alrededor de ocho millones y medio de habitantes y el Gran Santiago cuenta con más de dos millones de personas. Es cierto que en Argentina y Uruguay la desproporción entre sus capitales y el resto de esas repúblicas es aún mayor; pero, en todo caso, nos parece que estos son hechos inconvenientes para las respectivas sociedades de los países aludidos.

Lamentablemente, la evolución social de los campesinos ha marcado una escisión y no una integración con respecto a los otros sectores de la población. En realidad, sería más exacto afirmar que la industrialización y la urbanización de las zonas no agrícolas han sido factores de importancia determinante en el fenómeno de desequilibrio que acabamos de señalar. En Chile se puede hablar de una separación entre las ciudades —sobre todo las más grandes y, en particular, la capital— y las aldeas y villorrios; pero este distanciamiento, que se constata en muchos aspectos, no alcanza a constituir un antagonismo entre ambos sectores de la población. En el fondo, se mantiene un sentido de unidad nacional y de amor al territorio común y a los demás lazos que constituyen nuestro Estado. Donde se presentan conflictos, y esto no significa un afán de defender una determinada posición ideológica, es en las relaciones de clases sociales en que se encuentra dividido el

país. Naturalmente que, como ocurre en todas las sociedades en que hay una marcada estratificación social, la alta burguesía (industrial y comerciante), la pequeña burguesía (llamada en nuestros pueblos latinoamericanos "clase media") y el proletariado se concentran casi exclusivamente en las ciudades, mientras que los campesinos, como es lógico, se diseminan por los sectores rurales, con excepción de los que emigran a los sectores urbanos, por las razones que ya se han señalado. Un hecho que es necesario destacar y que se considera como un defecto en nuestro país, es que la mayoría de los terratenientes no vive en el campo, sino en las ciudades y, muchos, en la capital.

Como una manera de demostrar nuestro sentido de objetividad, trataremos de probar nuestras últimas aseveraciones con datos contenidos en el libro: "**Cambio Social en Chile**", elaborado por el Centro de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Católica de Chile y publicado en 1962. Al empezar su página 172, se dice: "Está suficientemente claro que los encuestados de clase alta de este estudio tienen un origen urbano, y una amplia proporción de las personas de clase baja proviene de áreas rurales y de ciudades pequeñas. Les preguntamos donde habían pasado la mayor parte de su niñez y casi nueve sobre diez de la clase alta (88%) contestan que en una ciudad de más de cincuenta mil habitantes, comparados con tres cuartas partes de la clase media (74,8%) y con casi seis sobre diez de la clase baja (57%). El doble de las personas de clase baja (20,8%) que de la clase alta (9,5%) han venido de los sectores rurales de Chile".

Por nuestra condición de docente, no podemos dejar de referirnos a ciertos aspectos educacionales relacionados con el tema que estamos enfocando. A través de investigaciones realizadas por la UNESCO, desde hace unos quince años que el analfabetismo de los sectores rurales de América Latina, considerado en globo, ha representado los dos tercios del total de ese

importante índice, lo que demuestra la veracidad de las afirmaciones hechas al comienzo de este trabajo, en el sentido de las muy superiores condiciones culturales de nuestras ciudades. En 1958, en Chile, justamente, la mencionada proporción coincidió con la general del continente.

Como sostenemos que hay una indiscutible relación entre los dos medios de que nos hemos ocupado y las clases sociales, haremos algunas referencias a niveles educacionales ligados con las últimas. En la página indicada del mismo libro que hemos señalado, se anota: "El origen urbano y la posición de clase están asociados también con el grado de educación que informan tener los encuestados: cerca de seis sobre diez de las personas de clase alta (62,5%) y de la clase media (61,3%) han asistido o completado los estudios universitarios, comparado con un poco más de un tercio de personas de clase baja (36,3%)."

Estimamos interesante agregar en este ámbito de cosas que, según las informaciones estadísticas oficiales de la Universidad de Chile, la más importante del país y cuya totalidad de escuelas se encuentra en sectores urbanos, (lo mismo que las escuelas de las otras Universidades) hace ya más o menos diez años que a sus aulas no ingresa un número superior al dos por ciento de hijos de obreros manuales y, prácticamente, ningún hijo de obrero agrícola. Esto último repercute, indudablemente, en las profesiones, cuyo ejercicio se realiza casi íntegramente en los medios urbanos.

Pensamos que las diferencias y desequilibrios sociales que hemos señalado pueden superarse y que una verdadera labor de integración nacional debe llevarla adelante, de preferencia, el Estado, por ser ella una de sus principales obligaciones. O sea, los poderes públicos, con ayuda de los particulares, tienen que emprender, con decisión y energía, una acción de esa naturaleza, en bien de toda la colectividad.

### En el plano económico

De lo ya expuesto en las líneas precedentes se puede deducir bastante de lo que ocurre en Chile con los conglomerados urbanos en las actividades económicas. Desde luego, la producción predominante en ellos es la industrial y otra de sus funciones principales, en este terreno, es la del comercio, incluso del dinero. Por eso, en el nivel de los empresarios y capitalistas, es en las ciudades y, en especial, en Santiago y en Valparaíso (el primer puerto), donde se dan las Sociedades Anónimas, los bancos, las bolsas y las ligas comerciales. En cambio, en el nivel de los trabajadores, manuales e intelectuales, se dan las asociaciones, los sindicatos y otras instituciones gremiales de perfeccionamiento, de ayuda mutua y de lucha. Estas actividades colectivas, en cuanto a clases sociales — como se dijo anteriormente— están representadas por la alta burguesía, por la pequeña burguesía, o clase media y por el proletariado, con excepción de los mineros, que, a veces, constituyen verdaderas ciudades, como es el caso de Chuquicamata, Sewell y otras localidades. Debido al sistema económico social imperante en el país, estas diversas clases tienen, por supuesto, un nivel económico distinto. Indudablemente que, al hablar de la nación en globo, debemos dejar constancia que los trabajadores agrícolas no propietarios son los que tienen la más baja renta en toda la república.

Daremos, a continuación, algunos datos que ilustran sobre la composición de clases sociales de nuestro país y sobre la significación que algunos sectores de ellas tienen en la producción, con lo cual entendemos que completamos el aspecto económico a que nos estamos refiriendo.

Según las estadísticas oficiales, Chile tenía, en 1955, una población activa algo superior a los tres millones de personas, en un total de poco más de seis millones de habitantes. De la cantidad dada, el

72% correspondía a trabajadores manuales, el 21% a clase media y sólo el 5% a empresarios. Pues bien, estos últimos recibían nada menos que el 50% de la renta nacional. En relación con esto mismo, en el libro de Federico Debuyst, titulado: "Las Clases Sociales en América Latina" y publicado en Madrid en 1962, se dice en la página 166 que las clases media y superior representaban solamente el 36,7% de la población activa de ese año en nuestro país.

Ahora bien, por lo que a la actividad productiva se refiere, según guarismos publicados por la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina), en 1956, cada persona producía en el trabajo agrícola, en Chile, 245 dólares al año, mientras que en el trabajo industrial, fundamentalmente urbano, cada persona producía 1.261 dólares al año. El libro que acabamos de mencionar, en su página 165, dice al respecto que, en nuestra nación, "la fuerza de trabajo ocupada en la industria propiamente dicha, la construcción y los servicios, representa el 52,2% de la fuerza de trabajo total". En el anuario "Progreso" (1966-1967), sobre el desarrollo latinoamericano, editado por la revista "Visión", se dan los siguientes datos, en lo que a Chile respecta: la población económicamente activa significa el 32% de la población total (más de ocho millones y medio de habitantes). Las dedicaciones parciales de aquella población están repartidas en los siguientes porcentajes: Agricultura: 27%; Manufacturas: 16%; Servicios: 23%; Comercio: 10%; Construcción: 11%; Transportes y Comunicaciones: 5%; Minería: 4%; y otras ocupaciones: 4%.

En honor a la verdad, nos parece bastante difícil que, en un plazo que no sea prolongado, se llegue a establecer una conveniente integración entre las actividades económicas de la ciudad y del campo en nuestra República. Para conseguir esto sería necesaria, a nuestro juicio, una transformación profunda de todo nuestro sistema de vida colectiva.

### En el plano político

En realidad, hasta principios de este siglo, lo que se puede llamar la política nacional se dirigía exclusivamente desde la capital en nuestro país. Y no por la mayoría de la población, sino por una minoría mal denominada "aristocrática", que venía rigiendo los destinos del Estado desde los albores de la Independencia. Ni la clase media, que había tomado verdadera fisonomía y estructura a fines del siglo pasado, tenía aún poder político; menos el incipiente proletariado, ni mucho menos los campesinos. El sector oligárquico estaba representado, desde sus precursores de 1823, por los Partidos Conservador y Liberal; la mayoría de las capas medias, por el Partido Radical, formado en la segunda mitad de la centuria anterior, y los artesanos, por el Partido Democrático, constituido a fines del siglo XIX. Un cambio en este plano se comenzó a vislumbrar, cuando, en 1912, se fundó el Partido Obrero Socialista, que adhirió a la Segunda Internacional y que, en 1921, pasó a ser el Partido Comunista. Este cambio se acentuó en el famoso año 1920, muy significativo en la historia social y política de Chile. Entonces ya estaban bien organizadas las fuerzas populares, no sólo en el aspecto que estamos tratando, sino también en el plano sindical, con su Federación Obrera, de fuerte influencia socialista, y con poderosos sectores anarquistas. Naturalmente que la mejor organización de esos grupos —lo mismo que la de los sectores opuestos— estaban en las ciudades, aunque ellos consultaban en sus programas y plataformas de lucha el mejoramiento de los trabajadores campesinos, además del de los obreros industriales. A la efervescencia del citado año contribuyó una elección presidencial en la cual las fuerzas políticas se polarizaron en dos bandos, de izquierda y de derecha; pero las decisiones principales se tomaron siempre en la ciudad de Santiago. Como ilustración, diremos que triunfó el primer sector y que, desde entonces, —con ciertas interrupciones— la evolución social ha venido

en ascenso en nuestro país, sobre todo después de la victoria del Frente Popular, ocurrida en Octubre de 1938. Claro es que muchos desniveles, como ya hemos visto, continúan hasta el día de hoy, aun que algunos de ellos se han venido aminorando paulatinamente.

A propósito de elecciones, debemos manifestar que, prácticamente, hasta el proceso general de ellas habido en 1961, con motivo de la renovación del Parlamento y cuando entró en vigencia una nueva Ley Electoral, los vicios y fraudes que comúnmente se presentaban, como el cohecho, la intervención y la presión patronal, afectaron en un porcentaje enormemente mayor, por diversas razones económicas, sociales y culturales, a los sectores campesinos, en comparación con los votantes de las ciudades.

Otro hecho importante, que debemos anotar es que, juntamente hasta esa elección, la ciudadanía favoreció en los sectores urbanos, de preferencia, a los partidos políticos de clase media y de clase popular, como el P. Radical, el P. Demócrata Cristiano, el P. Socialista y el P. Comunista. Por resabios del sistema semi-feudal que había imperado en Chile durante largos años, el campesinado todavía favoreció, en gran parte, al sector propietario de la agricultura, representado, en su mayoría, por el P. Conservador y, en una menor proporción, por el ala derecha del P. Radical. El P. Liberal siguió dedicado en sus grupos más significativos, a actividades empresariales, financieras y de alto comercio, o sea, netamente urbanas.

Un vuelco notable se produjo, en este terreno, en las elecciones presidenciales de 1964. Al triunfar en ellas, como se sabe, el Partido Demócrata Cristiano, con el apoyo público de los partidos de derecha, la candidatura opositora de izquierda, levantada por el Frente de Acción Popular, que obtuvo la segunda mayoría, recibió numerosos votos de vastas regiones campesinas y sus partidos principales, el Socialista y el Comunista, bajaron noto-

riamente en el número de sufragios que habían calculado para las ciudades más grandes, especialmente de los sectores industriales, de acuerdo con resultados anteriores. El explicar las causas de este interesante fenómeno, que se volvió a presentar en forma parecida en las elecciones parlamentarias de 1965, resulta algo bastante complejo y nos parece que debe ser materia de un estudio aparte, que excedería los límites y los alcances del presente informe.

En todo caso, hay que anotar en esta oportunidad que, a pesar de los avances que se han registrado en el ejercicio de los derechos cívicos, todavía no hay un solo representante auténtico de los trabajadores agrícolas en el Parlamento chileno.

Como se ha podido ver, en Chile tampoco ha existido integración en el campo de las actividades políticas, debido a diversas razones de orden social, entre las cuales, a nuestro sincero entender, han predominado los factores de naturaleza económica. Es cierto que ha habido y hay, como ya hemos dejado constancia, un sentido de unidad nacional y de amor al país; pero esto ha ocurrido y ocurre como una expresión esencialmente institutiva y sentimental y no como una manifestación colectiva plenamente conciente y estructurada, como ocurre en otros Estados que han pasado por hondas transformaciones. Por supuesto que pensamos que son los mismos instrumentos que señalamos al terminar el comentario sobre el plano social, los que tienen que actuar para producir la integración política, la cual no debe confundirse con el totalitarismo y constituye, por lo demás, en todas las partes en que se presenta, un agente poderosísimo de integración en otros planos de la vida en colectividad.

Con las precedentes consideraciones ponemos fin al presente trabajo, que ha tratado de cumplir sus objetivos dentro del limitado tiempo de que hemos dispuesto y del discrecional espacio que se nos asignó.